

Dublín, 11 de junio del 2012

Testimonio de Maria Voce
Presidente del Movimiento de los Focolares

“Comunión en un solo Bautismo”

Hace diez años visité Irlanda por primera vez. Vine para estar con una querida amiga mía, Lieta Betoño, en sus últimos días de vida. Era argentina y había transcurrido treinta años de su vida en Irlanda, en la comunidad del Movimiento de los Focolares. A menudo le había oído hablar de la cálida acogida que había recibido en este país. También yo, durante mi breve visita, además de haber admirado preciosos arco iris, gocé del cálido espíritu de familia en las comunidades que encontré.

El mismo espíritu lo encuentro aquí, entre vosotros, y es una alegría poder estar presente en este Congreso Eucarístico Internacional.

Me han pedido que dé un breve testimonio sobre el tema “Comunión en un solo Bautismo”.

El Bautismo. Indudablemente el bautismo es el sacramento que une a todos los cristianos. Constituye un ligamen sacramental de unidad.

Como afirma la octava relación del Grupo de trabajo conjunto, de la Iglesia Católica y del Consejo Ecuménico de las Iglesias, sobre las implicaciones eclesiológicas y ecuménicas de bautismo común: “Todos los cristianos que reciben el único Bautismo en el único cuerpo de Cristo han recibido también una llamada radical a la comunión con todos los bautizados”.¹

Por tanto se puede decir que el bautismo no sólo nos ha dado el mismo derecho al nombre de cristianos, porque nos incorpora en Cristo, sino también la tarea específica de construir la comunión entre nosotros al amarnos recíprocamente como Jesús nos ha amado.

Decir “sí” a esta llamada es la gran oportunidad de nuestra vida. ¡No es un *deber* el decir “sí”, sino que *podemos* decir “sí”! Y precisamente poder decirlo y decirlo juntos es la expresión de nuestra dignidad de hijos de Dios.

Para hacer esto, todos nosotros cristianos tenemos entre nuestras manos un gran tesoro: el libro del Evangelio. Sé que el pueblo irlandés es, en muchos sentidos, un pueblo nacido del Evangelio.

Desde los primeros tiempos del Movimiento de los Focolares, Chiara y sus primeras compañeras descubrieron y eligieron el Evangelio como el único código de sus vidas.

El Movimiento tuvo inicio en Trento (Italia) en 1943. Estábamos en plena guerra. Los bombardeos eran continuos y, cada vez que sonaban las alarmas, ellas corrían a los refugios llevando solamente un pequeño libro: el Evangelio. Chiara había entendido que Jesús es la Verdad y, por consiguiente, debía seguirlo; no libros, ni teorías, sino seguirle a Él actuando sus palabras.

Lo abrían. Y qué sorpresa: esas palabras, que antes habían escuchado tantas veces por ser cristianas, se iluminaban como si una luz se encendiese debajo de ellas. Las comprendían de un modo totalmente nuevo y se sentían impulsadas, sin duda por el Espíritu Santo, a ponerlas en práctica.

Chiara escribía: "Nos parecieron tener una potencia revolucionaria, una vitalidad desconocida, las únicas capaces de cambiar radicalmente la vida: incluso la nuestra, cristianos de este tiempo."²

Las personas que poco a poco querían vivir como Chiara, se iban sumergiendo en estas palabras del Evangelio, nutriéndose de ellas y experimentando, conmovidas y entusiasmadas, que se verifica todo cuanto Jesús dice y promete: "Dad y se os dará"³. Es una experiencia diaria. Dan, dan, dan y reciben, reciben, reciben.

"Pedid y se os dará"⁴. Piden de todo debido a las múltiples necesidades. Son tiempos de guerra, alrededor hay mucha gente necesitada. Piden y en ese contexto de general pobreza, llegan sacos de harina, cajas de leche, leña, mermelada..., que luego ellas distribuyen a los pobres de la ciudad.

Estas experiencias pasan de boca en boca. Son un eco de las palabras de los apóstoles. Los apóstoles iban anunciando al mundo: "Cristo ha resucitado". Ellas con estas experiencias, dicen: "¡Cristo está vivo! ¡Cristo está vivo!".

La guerra siembra ruinas, escombros, muertes. Chiara Lubich un día se encuentra junto con sus compañeras, durante una alarma, en un sótano oscuro, con un Evangelio en la mano. Lo abre y a la luz de una vela lee la oración de Jesús antes de morir: "Padre... que todos sean una cosa sola" (Jn 17, 11-21). Es un texto más bien difícil para su preparación, pero en su corazón surge la fuerte convicción de que han nacido para esa página del Evangelio.

Se reúnen el día de Cristo Rey y le dicen a Jesús: "Tú sabes cómo se puede realizar la unidad. Aquí estamos. Si quieres, sítvete de nosotras".

También a nosotros, hoy, aquí, Chiara Lubich nos vuelve a presentar únicamente el Evangelio, nada más que el Evangelio; porque como decía ella, la humanidad, para volver a encontrar el sentido de la vida *no es que necesite a personas cultas, sino sabias, necesita gente llena de Espíritu Santo, necesita personas realmente evangélicas*.⁵

Ya Martín Lutero, en aquellos tiempos en que el conocimiento del Evangelio estaba reservado a pocos, escribía: "Debemos estar seguros de que el alma puede prescindir de todo, menos de la Palabra de Dios, y sin la Palabra de Dios nada le satisface. Pero cuando tiene la Palabra de Dios (...); en la Palabra tiene (...) alimento suficiente, alegría, paz, luz, ingenio, justicia, verdad, sabiduría, libertad, y todo tipo de bienes en abundancia".⁶ (...)

Es el Evangelio y la vida de la Palabra lo que nos puede evangelizar, ante todo a nosotros; y hacernos capaces de iluminar después el "sótano oscuro", que es el mundo que nos rodea, respondiendo así a los interrogantes y desafíos que nos pone la vida, tanto a nosotros como a cada persona en la tierra.

Personalmente y todos juntos quisiéramos repetir con Chiara: "Si por una hipótesis absurda se destruyesen todos los Evangelios de la tierra, quisiéramos vivir de tal manera que la gente, considerando nuestra conducta, pudiese en cierto modo volver a escribir el Evangelio."⁷

Y encontramos una cierta sintonía con estas palabras en un teólogo evangélico del siglo XVIII, Gerhard Tersteegen, que escribe: "Ábrete hasta el fondo [a Cristo] en silencio y completamente, como una hoja en blanco, de tal manera que él mismo escriba su ley en tu corazón a través del Espíritu Santo para que tú, con tu ser y tu modo de vivir, llegues a ser una Sagrada Escritura, una carta que puedan leer todos los hombres. Entonces la Escritura permanecerá como un excelente testimonio de Cristo y se creará no sólo por haberla leído, sino porque se le habrá escuchado y se le habrá conocido".⁸

El Movimiento se fue desarrollando en el tiempo según un proyecto escrito sin duda en el cielo y se nos fue revelando poco a poco. Con una difusión que alguien definió "una explosión", sobrepasó las fronteras, primero de Italia, luego de Europa, y llegó a todos los continentes. Actualmente está presente en 198 naciones, en más de 300 Iglesias y entre personas de todas las religiones y convicciones.

Personalmente, mi encuentro con esta experiencia se remonta a 1959. El año anterior, durante una peregrinación, le había pedido a Dios que me hiciese encontrar a alguien o algo que llenase completamente ese vacío que advertía y que no sabía ni siquiera explicarme, ya que podía decir que lo tenía todo: una buena familia, lo necesario para vivir, éxito en los estudios...

En 1959, en la capilla de la universidad de Roma, un grupo de jóvenes que asistían a la Misa me impresionaron mucho. Destacaban por una alegría, “un ambiente” especial. Enablé amistad con ellas: me mostraron un estilo de vida absolutamente nuevo.

Recuerdo la primera visita al focolar (la comunidad corazón del Movimiento). Cuando pregunté: “¿qué hay que hacer para ser como vosotras?”, me contestaron que bastaba vivir el Evangelio, porque se trataba de una vida, no de una organización. Jesús me pedía que iniciase esta vida nueva con Él.

Mi primera experiencia fue la de escuchar a mi tía por amor a Jesús –incluso si contaba cosas que no me interesaban-, porque en ella, como en todos, ¡podía encontrar y amar al mismo Jesús! De hecho el Evangelio dice: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

En las comunidades de los primeros tiempos del Movimiento, igual que hoy, se siente la exigencia de contarse recíprocamente las experiencias vividas, es decir de comunicarse los frutos de la Palabra de Vida vivida.

Era evidentemente ya desde entonces una necesidad del corazón. Estaba naciendo una espiritualidad de comunión, la espiritualidad de la unidad, que llevaba a compartir todos los bienes, no sólo los bienes materiales. Y ¿qué bien mayor que el fruto de la Palabra vivida?

Considerando ahora el mundo en el que vivimos, nos parece que ha sido el Espíritu Santo quien nos ha sugerido esta práctica, este método, digamos; porque ante el general relativismo actual, que a menudo nos dificulta el explicar o demostrar lógicamente la verdad, no admite discusión la evidencia de la experiencia vivida. Puede que se entienda o no, puede que se aprecie o no, pero no se puede contradecir, porque es experiencia, es vida.

Esta comunión de las experiencias en el amor recíproco, une a cuantos están involucrados y da testimonio, como dice el Evangelio: “en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13, 35).

Estuve durante 10 años en Turquía, como responsable del Movimiento en aquella área geográfica. Era un País del cual no conocía ni la cultura ni el idioma, donde a menudo no sabía cómo actuar; donde no llegaban noticias del mundo

cristiano e incluso estaban ausentes los signos externos religiosos, las iglesias escondidas, las campanas mudas incluso el domingo.

Y a pesar de ello, también allí, recuerdo varios momentos en los que experimenté la belleza de la familia que Jesús vino a componer sobre la tierra.

Como cuando, motivadas por el deseo de testimoniar nuestra cercanía, íbamos a obsequiar a los responsables de las diversas Iglesias cristianas presentes: a nuestro obispo latino y al armeno, pero también al Patriarca Ecuménico de la Iglesia greca ortodoxa de Constantinopla, al armeno apostólico, o al obispo siro-jacobita; todas eran Iglesias muy minoritarias y con grandes dificultades de todo tipo en medio de una gran mayoría islámica. Íbamos para compartir dolores, para sostener esperanzas, para animar iniciativas; y el fruto era siempre un nuevo ardor y alegría.

Con el Patriarcado greco ortodoxo nos unía una larga historia de profunda amistad, iniciada desde 1967 con diversos encuentros entre Chiara Lubich y el gran Patriarca Athenágoras, y que luego continuó con sus sucesores Dimitrios I y Bartolomé I.

Recuerdo que, entre las personas con las que poco a poco se entraba en contacto, a menudo notábamos que no había una clara conciencia de pertenencia a una Iglesia. Todos se reconocían como cristianos, y si por una parte esto era bonito y fructuoso a la hora de construir relaciones, por otra parte podía generar confusiones y malos entendidos entre los responsables de las Iglesias. Queríamos ayudar difundiendo un sano espíritu ecuménico y lo hicimos tratando de favorecer las relaciones de nuestros grupos con sus respectivas Iglesias de pertenencia.

Recuerdo que acompañábamos a los grupos ortodoxos que frecuentaban el Movimiento, a conocer personalmente a su Patriarca. Siempre eran encuentros muy bonitos, profundos, de familia, donde las personas redescubrían que tenían un padre y se reencontraban abrazadas por la maternidad de su Iglesia.

Por su parte el Patriarca, no dejaba de darnos testimonio de su afecto y su estima por nuestro compromiso; todavía ahora, siempre que puede, da testimonio de su agradecimiento a Chiara Lubich y al Movimiento de los Focolares por el genuino ecumenismo vivido.

Los efectos de la Palabra vivida en el Movimiento, durante estos casi 70 años, han sido incontables y es imposible citarlos.

Pero uno de ellos, fundamental, ha sido el diálogo ecuménico.

Desde los inicios de esta nueva vida, para Chiara y para sus compañeras, la unidad deseada por Jesús en su testamento se había convertido en el objetivo al que se orientaban actuando el amor recíproco.

Antes que nada se realizó entre las personas de la Iglesia católica, sin suponer el futuro desarrollo que de ello derivaría.

Pero, pronto el Movimiento se difundió en el mundo, precisamente por esta fuerza evangelizadora fruto de la unidad, y entró en contacto –bajo la guía providencial de Dios- con personas de varias Iglesias, de diversa fe o incluso sin referencia religiosa, estableciendo con todos relaciones de amor recíproco.

Ya el Card. Bea recordaba que, cuanto más profundamente vivan el Evangelio los cristianos de cada denominación, tanto más se acercarán entre ellos porque de este modo se asemejan más a Cristo.

Esta misma expresión, pero con otras palabras, se encuentra en el documento de diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Federación Luterana Mundial, que declara: "(...) la escucha comunitaria de la palabra de Dios y el acercamiento fiel al único Evangelio (cf Gal 1,6-10) son pasos indispensables en el camino hacia la plena unidad".⁹

En estos casi 70 años de vida del Movimiento, hemos constatado que la espiritualidad comunitaria y ecuménica que tratamos de vivir, fruto del carisma enviado por el Espíritu Santo para nuestros tiempos, une a todos los que la viven. Por ello, en cierto modo, ya se sienten uno: un solo pueblo cristiano.

Así se realiza entre todos los cristianos “el dialogo del pueblo”, como lo hemos llamado, el “dialogo de la vida”. Dialogo tanto más urgente en cuanto la historia ha demostrado que no bastan las conclusiones y las tomas de posición, incluso avanzadas entre los teólogos, si luego el pueblo no está preparado.

Unidos por esta espiritualidad, quisiéramos ser levadura entre todas las Iglesias y contribuir a acelerar su camino hacia la plena comunión que sea también visible, también eucarística.

Una experiencia concreta que da testimonio y hace progresar este diálogo es “Juntos por Europa”: una realidad extraordinaria de comunión entre comunidades y movimientos cristianos (actualmente son casi 250, entre los cuales algunos de ellos en Belfast y en otras partes de Irlanda), de varias denominaciones, de casi todos los países europeos. Están comprometidos en un camino de colaboración, de reconocimiento recíproco, de acogida y de colaboración, a favor del verdadero bien del continente europeo y no solo.

En esta intervención he tratado de mostrar cuánto el Evangelio, vivido juntos, con la comunión de las experiencias, nos hace uno.

Desde los inicios del Movimiento, en las largas horas pasadas en los refugios, se nos manifestaron especialmente las frases del Evangelio que más hablaban de amor: “Ama al prójimo” (*Mt* 19:19); “Amad a vuestros enemigos” (*Mt*

5:44); “Amaos recíprocamente” (*Jn 15:17*); “Sobre todo, que vuestro amor recíproco sea sincero” (*1 Pt 4:8*)...

Ahora bien, si somos muchos los que vivimos así y nos esforzamos por actuar el mandamiento de Jesús por excelencia: “Que como yo os he amado, así os améis también unos a otros” (*Jn 13, 34*), el amor se vuelve recíproco.

Pero vivir este amor recíproco tiene como consecuencia algo que, por decir así, juega una parte importante en la comunión entre los bautizados: permite la presencia de Jesús entre los cristianos reunidos en su nombre. «Donde dos o tres están unidos en mi nombre –dijo Jesús–, yo estoy en medio de ellos” (*Mt 18,20*).

Su presencia en medio nuestro nos injerta vitalmente en la presencia de Jesús en la Iglesia, nos hace Iglesia.

Jesús entre un católico y un anglicano que se aman, entre un anglicano y un ortodoxo, entre una armena y una reformada, entre un metodista y un cuáquero...

Esta presencia de Jesús Resucitado es la ayuda más potente para el camino de los cristianos hacia la plena comunión; ilumina los pasos a dar, da valor para actuar los propósitos hechos, pone en común alegrías y dolores.

Además, Jesús entre nosotros nos lleva a mirar juntos al mundo como él lo miraba: para amarlo, para salvarlo, para hacer experimentar a todos los hombres la paz que él nos trae.

De este modo la Iglesia en cierto modo supera los límites de los edificios de culto y, en la plena comunión entre todos, se acerca más a la humanidad actual para responder a todas sus exigencias e interrogantes, con esas respuestas que sólo el Evangelio puede ofrecer.

Quisiera concluir con una afirmación de David Stevens, presbiteriano del Norte de Irlanda, recientemente desaparecido, ex leader de Corrymeela, que habla precisamente del espacio que nos abre el Resucitado cuando vivimos juntos el Evangelio. Dice: “El Evangelio nos invita a entrar en ese espacio creado por Cristo y a encontrar allí a quienes antes eran nuestros enemigos... Es la visión de una nueva humanidad reconciliada en Cristo que vive conjuntamente en una nueva comunidad”.¹⁰

Que el Resucitado nos conceda, por el bautismo y el Evangelio vivido, el poder contribuir a hacer real y visible el encanto de esta visión y nos dé la alegría de experimentar cada vez más su presencia entre nosotros.

-
- ¹ Joint Working Group (Génova-Roma 2005), p.69
- ² Cf c. LUBICH, *Essere tua Parola*, Roma, 2008, p. 21.
- ³ *Lc 6,38.*
- ⁴ *Mt 7,7.*
- ⁵ c. LUBICH, *Essere tua Parola*, cit., p. 19.
- ⁶ Fuentes: WA 7,20,7-25,4. traducción italiana. La libertà del cristiano, a cargo de G.Miegge, Turín, Claudiana 1982, 25-36 En : Emidio Campi, *Protestantesimo nei secoli*, Fuentes y documentos, Turín, Claudiana 1991, 35).
- ⁷ Cf ID., *Escritos Espirituales /3*, Madrid, 1998.
- ⁸ En ALBERT LÖSCHHORN, *Ich bete an die Macht der Liebe*, Gerhard Tersteegens christliche Mystik, Basel, 1948, Brunnen-Verlag, 120-121 (Nuestra traducción del alemán).
- ⁹ "Vie Verso la Comunione", 1980, n.15, en *Enchiridion Oecumenicum*, vol 1, EDB, 1986, p. 661.
- ¹⁰ David Stevens, *The Land of Unlikeness* (Dublín: Columba, 2004), p. 80